

La vida quieta, subraya el sosiego de los objetos representados, que iluminados con luz fría y elegantemente matizada evocan escenas de autores surrealistas. Presentamos una selección de óleos de la etapa más reciente de Sánchez Bellver en su segunda exposición individual, tras su paso por la sala Prado 19 del Ateneo el pasado año, el producto de años de trabajo metódico, reservado, en su momento óptimo de maduración.

En paralelo a su carrera profesional como arquitecto, **Javier Sánchez Bellver** (Madrid, 1951) ha desarrollado durante tres décadas una obra pictórica serena y ajena a tendencias. Su figuración concisa investiga la atmósfera en frutas, verduras, flores y objetos cotidianos, Sus bodegones evocan una vida tranquila de disfrute del trabajo y la observación.

Parafraseando a Luis Fernández-Galiano en la presentación de su catálogo: Sánchez Bellver representa la vida quieta. No hay expresión mejor para describir su pintura que la transformación literal del término inglés *still life*, a su vez proveniente del holandés *stilleven*, voz exacta para los lienzos de los que fueron maestros de este género íntimo.

La sencillez elemental de los alimentos terrestres que se nos ofrecen en sus cuadros, emocionantemente cotidianos en su serenidad detenida, con la autoridad áspera de la belleza común, más alta por más próxima, y más fiel al espíritu por más incardinada en la materia.



Durablex con melocotones y peras. 2020.
Oleo sobre lienzo 60x90 cm.

La vida quieta

Javier Sánchez Bellver representa la vida quieta. No hay expresión mejor para describir su pintura que la transformación literal del término inglés *still life*, a su vez proveniente del holandés *stillevan*, voz exacta para los lienzos de los que fueron maestros de este género íntimo. El español 'bodegón' engarza mal su solemnidad aumentativa con la sencillez elemental de los alimentos terrestres que se nos ofrecen en sus cuadros, a menudo presentados junto a sus cajas o envases, emocionantemente cotidianos en su serenidad detenida; y 'naturaleza muerta' es aún más inapropiada, porque ya no las flores y las frutas, sino incluso las carpetas y las sillas, los libros o los periódicos que se apilan fingiendo indiferencia transmiten el latido de la vida que ha dejado su huella en la materia inmóvil. Vida quieta pues, que subraya el sosiego con el cromatismo arenoso de los frescos, en una línea genealógica que se extiende desde Pompeya a Morandi pasando por Piero; y vida quieta también en esa tradición española de reducción esencial que tiene en los cardos del cartujo Juan Sánchez Cotán y en las uvas del recluso Juan Fernández el Labrador sus logros más deslumbrantes.

Apartado del mundanal ruido como los dos juanes, las granadas y las cebollas de Sánchez Bellver nos conmueven con la realidad despojada de los frutos de la tierra, aquí en diálogo con la modestia de una mesa de catálogo o un cajón de embalaje; y sus melones colgados, desprovistos incluso de las sombras arrojadas que dotan de corporeidad verosímil a los objetos del resto de los lienzos, homenajean al otro Sánchez para reducir la pintura a su verdad última.

Ignorante de la jerarquía de los géneros, ajena al ilusionismo del trampantojo y felizmente distante de la gravedad emblemática de la vanitas, la pintura de Javier Sánchez Bellver nos reconcilia con la autoridad áspera de la belleza común, más alta porque más próxima, y más fiel al espíritu porque más incardinada en la materia. Tal es el centro cordial de su vida quieta, y allí reside la excelencia artística de sus vidas quietas.

Luis Fernández-Galiano